



Notas de campo: esbozo de un texto lazarrillo para escribidores

Fieldnotes: Outline of a Lazarillo Text for Scribes

Pablo Marín Olán

Universidad Juárez Autónoma de Tabasco
Av. Universidad s/n, Zona de la Cultura, Col. Magisterial, C.P. 86040.
Villahermosa, Tabasco
pmarin@ujat.mx
México

Resumen:

En este trabajo, las notas de campo son tratadas como pequeñas partículas de escritura que nos ayudan a clarificar, explicar o profundizar en tópicos que nos saltan durante el proceso de recolección de datos. Por ello, se muestran diferentes tipos de notas utilizadas para el registro de datos, seguidas de una descripción crítica de algunas de las herramientas tecnológicas auxiliares empleadas en los registros de evidencia empírica. Por último, se rescata la reflexión acerca de las implicaciones de la transcripción como una práctica derivada de las notas de campo y de los registros digitales, indicando sus implicaciones metodológicas, interpretativas y representacionales.

Palabras clave: notas de campo, registros sensoriales, herramientas cualitativas, transcripción.

Abstract:

In this paper, the fieldnotes are treated as small writing particles that help us to clarify, explain or delve into topics that are missing during the data collection process. Therefore, different types of notes used to record data are shown, followed by a critical description of some of the auxiliary technological tools used in the registers of empirical evidence. Finally, a reflection is made on the implications of transcription as a practice derived from fieldnotes and digital records, indicating some of its methodological, interpretative and representational implications.

Keywords: fieldnotes, sensory records, qualitative tools, transcription.

Recibido: 28/09/2018 | **Aceptado:** 30/11/2018 | **Publicado:** 01/12/2018 | pág. 72 - 93



Notas de campo: esbozo de un texto lazarillo para escritores

Introducción

En julio del 2015, fui invitado a colaborar en el proyecto *Adaptación de la clase mágica al entorno mexicano para estimular habilidades académicas en español y matemáticas*, financiado por la Universidad de California para México y los Estados Unidos (UC-MEXUS) y el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT). La idea de incorporar a un antropólogo, descansaba en el imaginario de que nuestra tribu tiene habilidades para el registro de situaciones o escenas cara a cara. En cierto sentido, existe algo de verdad sobre dichas habilidades, pero éstas no son inherentes al oficio; más bien se desarrollan *in situ* y están mediadas por algo llamado “sentido común” (aunque es más común no tener sentido) y el reconocimiento de “los otros” en nosotros mismos, que es al mismo tiempo un principio y una oportunidad para seguir aprendiendo sobre la condición humana.

La incorporación al proyecto antes referido, llevaba la consigna de

entrenar a “Los Amigos”¹ en el registro de notas de campo, insumos que serían la materia prima de mis colegas. A decir verdad, no tenía la mínima idea de cómo impartir un curso sobre notas de campo, y mucho menos a estudiantes ajenos a la antropología. Me percaté entonces de que nuestra tribu había orientado sus saberes hacia la construcción de armazones teóricas y modelos interpretativos, más que a producir textos metodológicos relacionados con nuestro oficio.

Durante los cursos formativos en antropología, se nos enfatizaba hacer lecturas de etnografías clásicas, *Los Argonautas del Pacífico Occidental* de Malinowski, *El Crisantemo y la Espada*, de Ruth Benedict, *Los Nuer*, de Evans Pritchard, *Tristes Trópicos* de Levi-Strauss, entre muchas otras. El acercamiento a estos materiales etnográficos tenía un propósito pedagógico y formativo, ya que con ello se buscaba instruirnos acerca



de las características y habilidades deseables para convertirse en un buen etnógrafo. Sin embargo, en ningún apartado de estas etnografías se nos indicaba cómo registrar la realidad, qué registrar y cuándo registrar. A esta incertidumbre le acompañaba otra, que tal vez fue un residuo de las discusiones suscitadas por el advenimiento de la antropología posmoderna sobre los estilos narrativos (Véase, Clifford, 1995; Geertz, 1989, 2003; Rosaldo, 2000; White, 2003). Es decir, que a las deficiencias sobre el registro se sumaba otra: la forma narrativa que debería acompañar nuestra etnografía.

Partí, al igual que muchos de mis compañeros, con muchas preguntas, miedos y excitación a mi primer trabajo de campo; la máxima escolar “ve y registra todo” me acompañó en la primera estadía en las selvas de Quintana Roo, México. Regresé de mi primera temporada de trabajo de campo con un cúmulo de audios, videos, entrevistas capturadas y documentos de archivo, todo el material ordenado dentro de un gran desorden de ideas. Se me increpó sobre la pobreza de los registros y eso aumentó mi frustración, pues había

cumplido la máxima de “registrar todo” y, al momento de revisar mi evidencia empírica, resultó que los registros eran muy generales, faltaba aislar fenómenos locales y describirlos con mayor profundidad.

En la segunda temporada de trabajo de campo, diseñé un plan para registrar de manera estructurada los eventos, intenté ser más curioso e intuitivo, pero las situaciones en campo “son ambiguas y desestructuradas, aspectos que nos orilla a desarrollar un relativismo práctico, basado en el respeto a las personas que son diferentes” (Vivanco, 2017, p.6). Pues bien, con el tiempo –al igual que la mayoría de los antropólogos– logré entrenar los sentidos y desarrollar cierta habilidad para textualizar la experiencia humana; pero los tropiezos que produce una falta de claridad y sistematización en el registro de notas de campo, se guardan en la “caja negra”, constituyen el *backstage* de la tribu.

Los tropiezos y carencias formativas e informativas, ha sido una impronta intelectual que me ha orillado a escribir algo sobre las notas de campo. El texto va destinado a estudiantes que no han recibido instrucción



alguna sobre etnografía, pero también podría ser de ayuda para aquellos investigadores poco familiarizados con metodologías cualitativas, así que, en vez de un texto prescriptivo, decidí escribir un “texto Lazarillo”² para escritores; es decir, para aquellos que usan la escritura como un instrumento de registro, no como medio para explorar formas estéticas. En este sentido, las notas de campo son como pequeñas partículas de escritura que nos ayudan a clarificar, explicar o profundizar en tópicos que nos saltan durante el proceso de recolección de datos.

Las notas de campo pueden ampliarse, diluirse en la experiencia, construirse de manera más elaborada o de plano no existir; pero, en principio, representan un momento de inscripción donde el flujo de acción y discurso ha sido interrumpido, dando un viraje hacia la escritura (Clifford, 1992). En sus formas más elaboradas, las notas de campo funcionan como una codificación abierta que puede contener ideas, observaciones e incluso categorías. En los siguientes apartados, expondré algunos elementos que considero importantes para el registro de las notas de campo.

Diseño y preparativos para la toma de notas de campo

Si bien la práctica de campo es de por sí una actividad desestructurada, el escritor, ya sea que trabaje como auxiliar de investigación o se encuentre realizando sus propias pesquisas, es recomendable que tenga identificado algunos conceptos y teorías sustantivas que se encuentren en una mejor posición epistemológica para explicar el fenómeno de estudio. Ahora bien, para aquellos escritores que estén desempeñándose como auxiliares de investigación o colaboradores de un proyecto, tendrían que revisar el proyecto original y poner atención en los apartados de estado del arte, metodología y preguntas de investigación, pues allí se concentran el por qué y el cómo se pretende llevar a cabo la investigación en curso.

El siguiente ejercicio es recomendable realizarlo, ya que invita al escritor a una reflexión sobre su tópico, el esclarecimiento de sus móviles, intencionalidad, empatías y simpatías intelectuales.

1. ¿Qué deseo hacer?

1.1 Porque quiero encontrar.



1.2 Para entender.

2. ¿Cuáles son mis preguntas de investigación?
3. ¿Qué técnicas planeo usar?

Una vez contestadas estas preguntas, el escritor puede hacer una revisión bibliográfica más estructurada. En la actualidad, existen programas computacionales que facilitan la revisión de la literatura; como, por ejemplo, el *Atlas Ti 8³* tiene posibilidades más funcionales para trabajar con el Formato de Documento Portátil (PDF por sus siglas en inglés) que son de gran valía para construir la matriz de análisis, reduciendo de forma significativa el tiempo destinado para la revisión de la literatura o estado del arte. Sea cual fuese la estrategia empleada – tradicional o Programa de Análisis Cualitativo (QDA por sus siglas en inglés)–, la idea es identificar anomalías teóricas, metodológicas o empíricas en los modelos explicativos existentes.

Tipos de notas de campo

Ahora bien, pasaremos revisión, a vuelo de pájaro, sobre las diversas notas que podrían elaborarse. Para

ello tomaremos la clasificación de Schatzman & Strauss (1973) que sugiere ordenarlas de la siguiente manera:

Notas observacionales: son enunciados que versan sobre eventos cotidianos, principalmente aquellos vistos y vividos. Contienen poca interpretación y son confiables, pues son datos crudos. Es una pieza de la evidencia para algún supuesto que todavía no nace. Incorpora las preguntas de quién, por qué, cuándo y el cómo de la actividad humana.

Notas teóricas: representan la autoconciencia, intentos controlados para derivar significados de cualquier nota de observación. Aquí es importante la intuición y bagaje para identificar qué datos podrían resultar fructíferos.

Notas metodológicas: son enunciados que reflejan un acto operativo, completado o planeado. Es como una instrucción que se da uno mismo, un recordatorio, una crítica hacia nuestras propias tácticas. Estas notas pueden sincronizarse, secuenciarse o escenizarse.

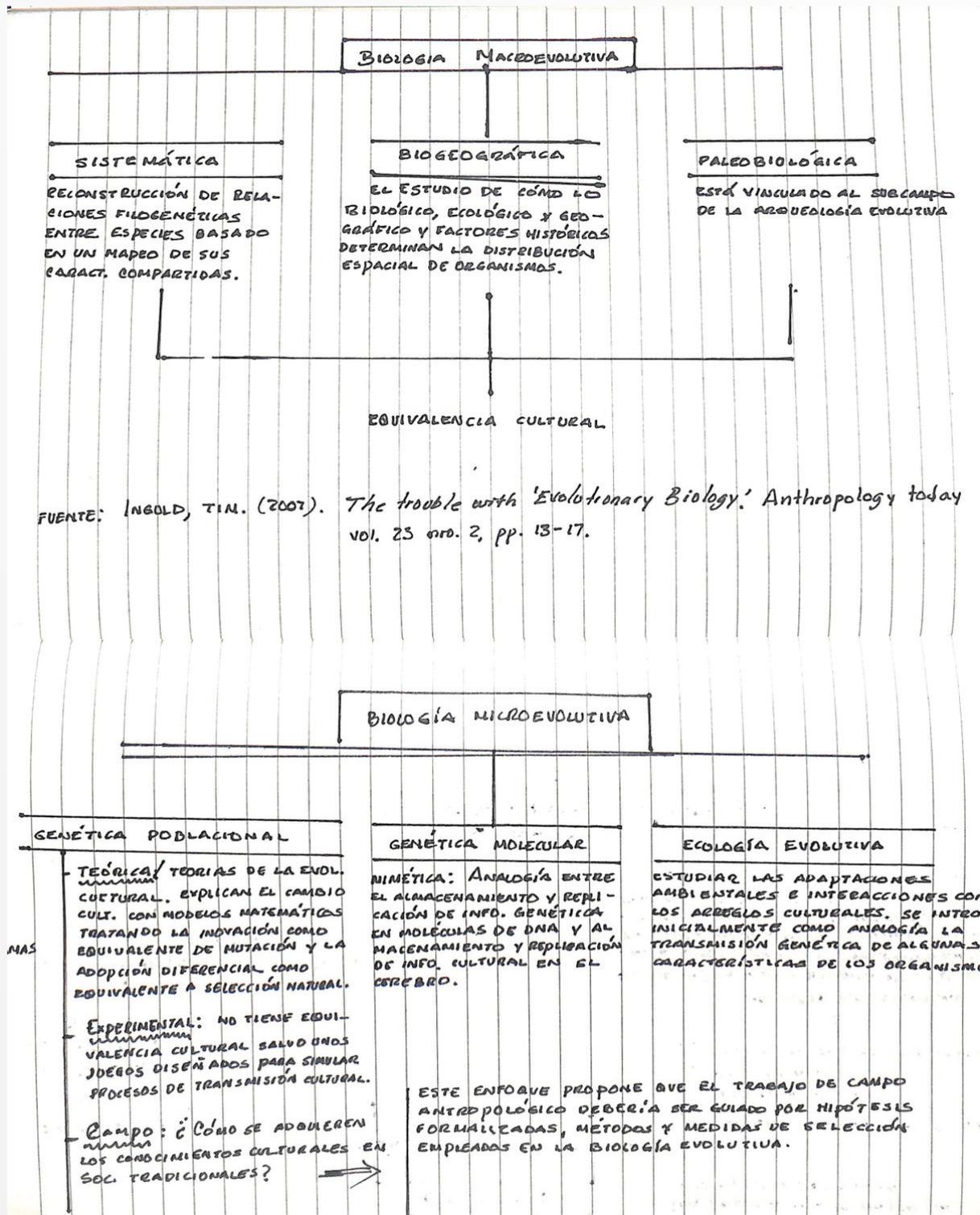


Figura 1. Nota teórica. Fuente: elaboración propia.

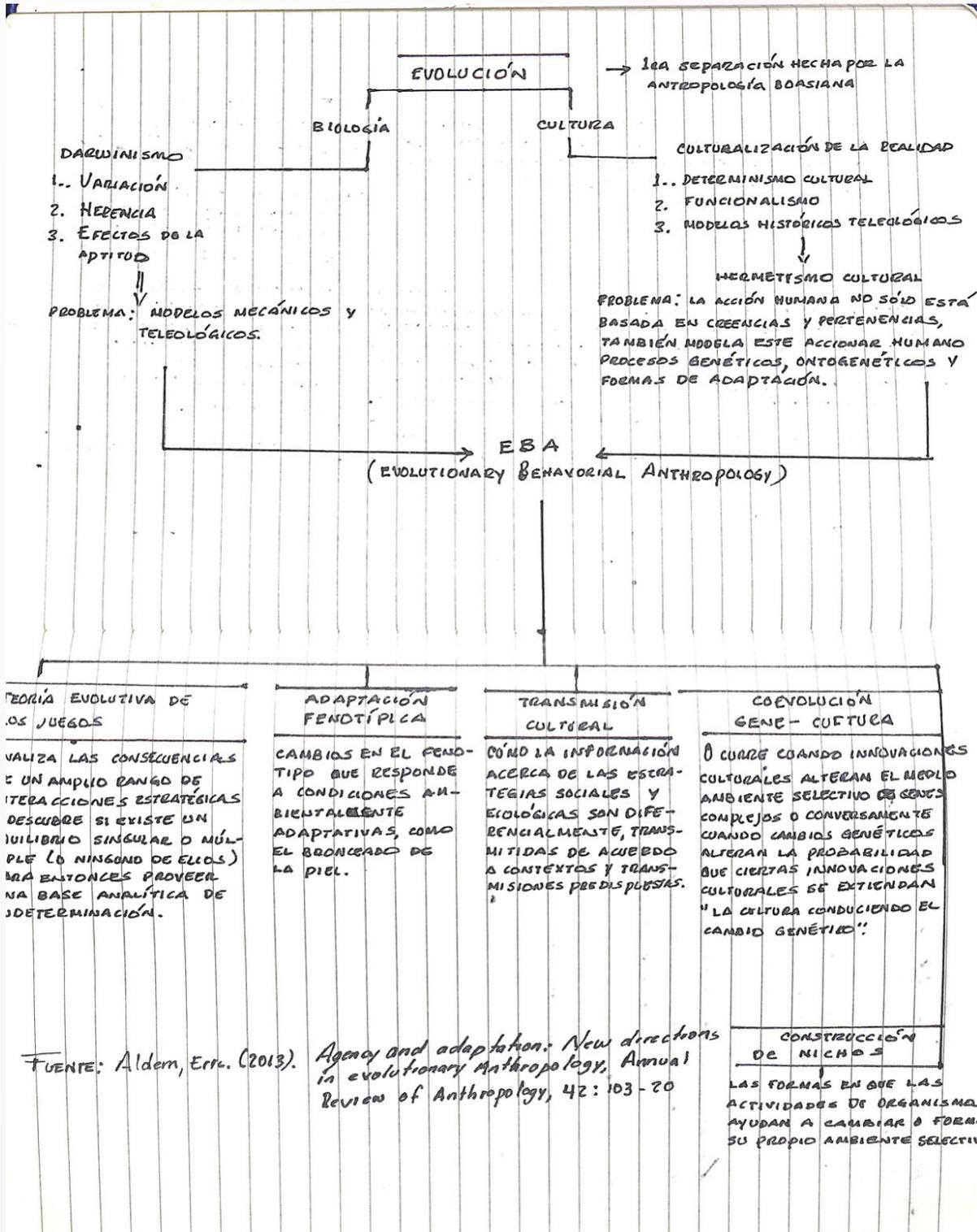


Figura 2. Nota teórica. Fuente: elaboración propia.

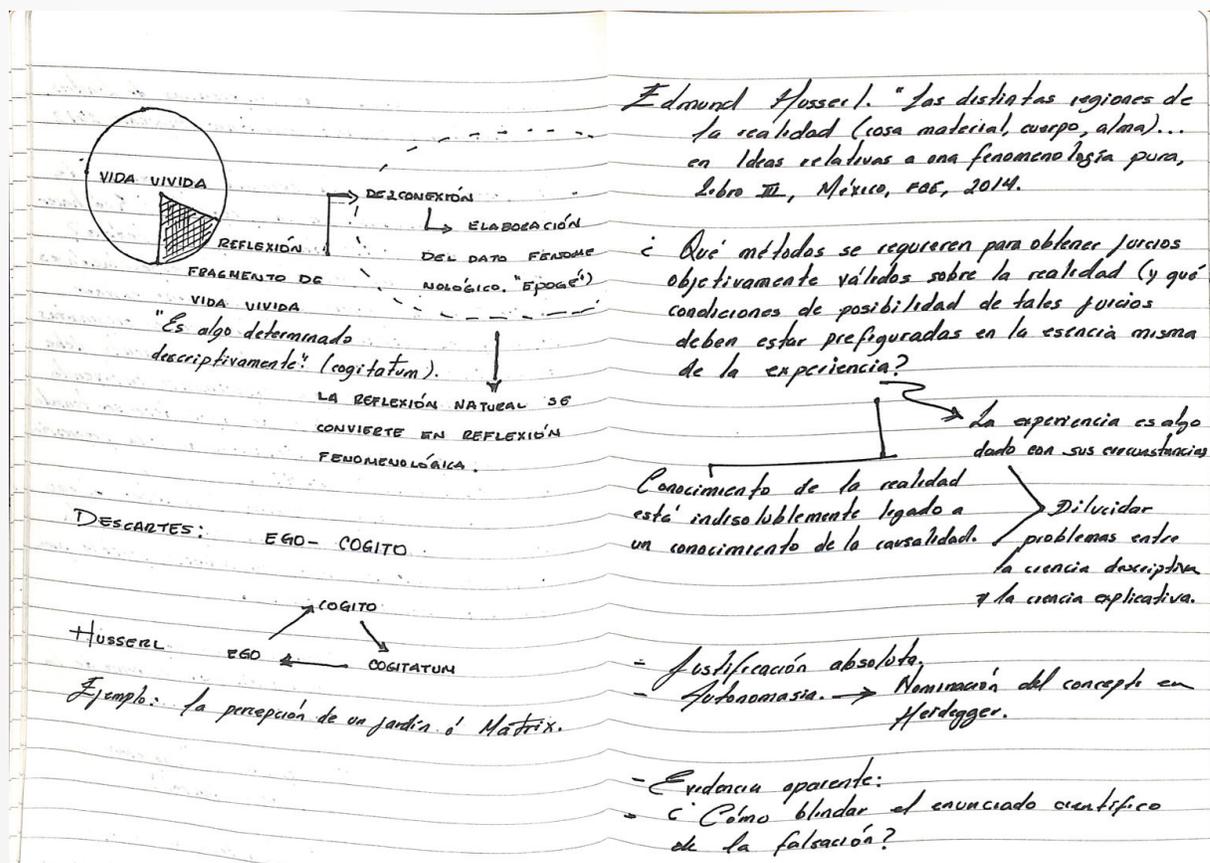


Figura 3. Nota metodológica. Fuente: elaboración propia.

Quisiera detenerme en las notas observacionales, y mostrar dos formas de registro –por cierto, discrepantes– que han sobrevivido a la fecha. La primera tiene que ver con una postura que minimiza la toma de notas de forma deliberada o, en algunos casos, se evita de manera consciente; la razón de fondo, radica en que el etnógrafo está más enfocado en vivir que en escribir. Hacer una inmersión profunda en las actividades cotidianas de la sociedad o grupo en el que se ha

inmiscuido y dedicar largas horas para hacer los registros, ordenarlos y clasificarlos consume mucho tiempo, se deja de captar el ritmo de la vida y lo cotidiano. El problema con esta forma de registro –básicamente una inscripción o registro mental– es que tiende a diluir la experiencia si el etnógrafo no cuenta con una memoria privilegiada.

Por otra parte, existe una forma de observación y registro más difundida y empleada, tal vez porque se



desprende de una instrucción formal, que demanda sistematización en los registros. Aquí el orden de la escritura juega un papel muy importante porque está vinculada a los registros captados por los sentidos. De acuerdo con Emerson, Fretz y Shaw, (2011), los registros sensoriales podrían organizarse de la siguiente manera:

Registros sensoriales

Impresiones iniciales: estas pueden incluir experiencias sensoriales (gustos, olores, sonidos del entorno, sentimientos del lugar). Tales impresiones pueden incluir detalles que nos rodean: (colores, ruidos, apariencia de las personas, movimientos, comportamientos, etc.)

Lo significativo: aquí el sentido común, la intuición y el bagaje cultural centrará nuestra atención hacia determinados eventos, lo que a nuestros ojos se presenta como importante. Los incidentes vistos con estos filtros se realzan y originan interacciones con los sujetos. Aquí es importante dejar los prejuicios de lado, pues corremos el riesgo de marginalizar información de suma importancia o velar los significados que las personas otorgan a sus prácticas.

Ciertas preguntas como ¿qué significados le otorgan las personas a ciertas prácticas o eventos?, ¿cómo resuelven sus problemas?, ¿quiénes reaccionan ante tales eventos?, ¿cómo reaccionan los demás ante cierto tipo de acción de un grupo determinado?, son de mucha ayuda para identificar lo significativo.

Las descripciones aluzadas: ¿cómo se sobrelleva un evento? Esta es la pregunta que nos ayuda a profundizar en las texturas de la experiencia humana ante las contingencias que ocurren en la cotidianidad.

Ahora bien, en medio de estas dos posturas antagónicas para el registro de la experiencia humana, se erige una tercera postura que mezcla las notas mentales con una suerte de registros conocidos como *jottings* o *scratch notes*, términos utilizados por Emerson et. al., (2011) para referirse a la captura de pequeñas acciones verbalizadas en una escena social, donde se puede recurrir a ciertos términos locales o expresiones lingüísticas que ayudan a recordar o recrear la escena.

Después de que el escritor ha realizado sus *jottings*, porque le ha parecido que vivir la experiencia



podría fijar mejor el conocimiento de las prácticas, es recomendable que centre su descripción y reflexión en lo que Husserl (2012) llamó *fragmento de vida vivida*; es decir, el escritor aísla un hecho para conocer su validez, que habrá de conducirlo a la elaboración del dato fenomenológico. A continuación, mostraré algunos ejemplos de *jottings* extraídos de mis libretas de campo.

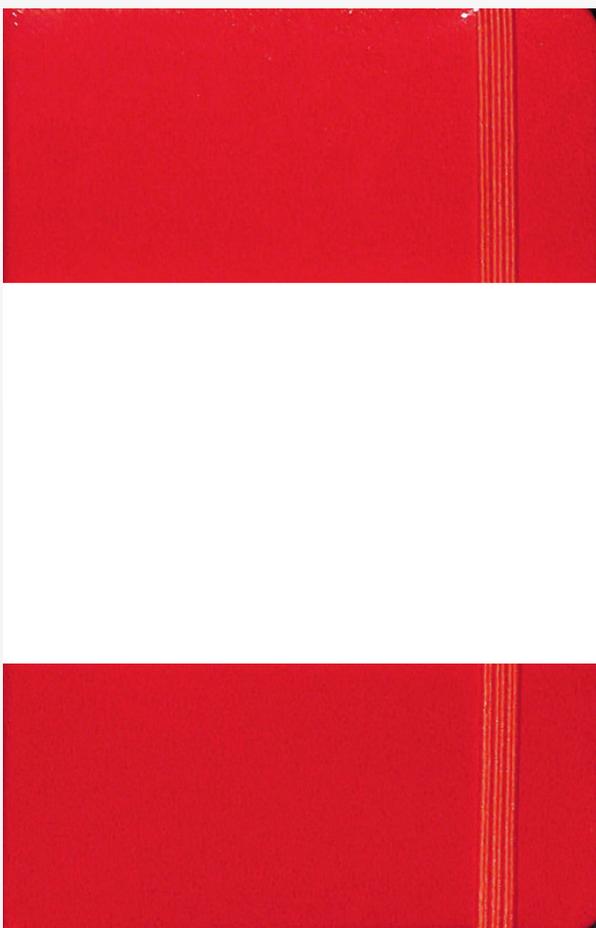


Figura 4. Libreta para jottings, medidas 9 x 14 cm.

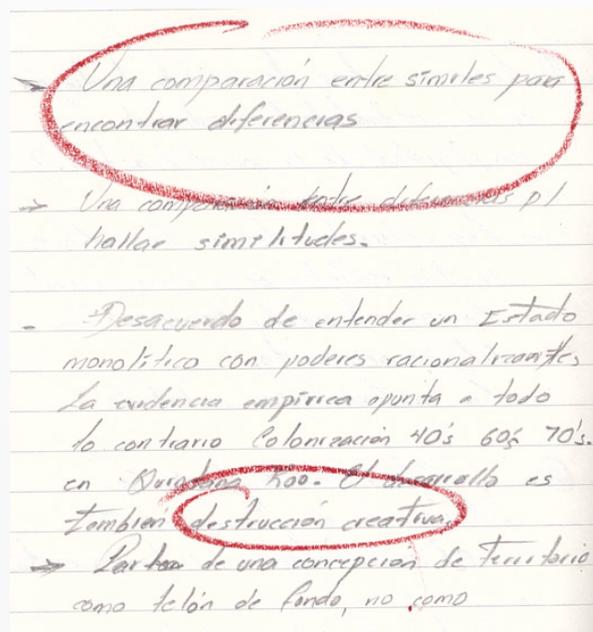


Figura 5. Jotting extraído de notas personales. Elaboración propia.

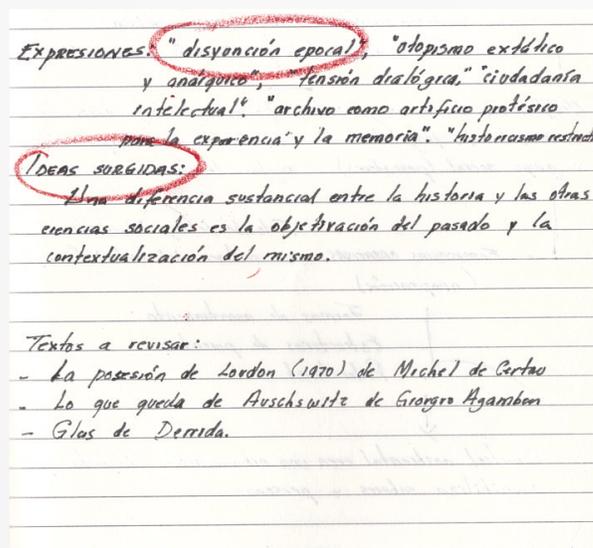


Figura 6. Jotting extraído de notas personales. Elaboración propia.

Hasta aquí podría pensarse que el registro de notas de campo es una actividad que se realiza de forma



individual, pero la nueva lógica de producir conocimiento científico, a través de redes de colaboración entre investigadores y equipos de trabajo multidisciplinarios, así como la aparición de sofisticados programas de cómputo que agilizan el proceso de análisis de los datos, ha dado pauta para que los equipos produzcan hallazgos, los triangulen y compartan en tiempo real (Véase el trabajo de Cresse et. al., 2008).

Materiales y herramientas

Los giros tecnológicos de los últimos veinte años, han replanteado no sólo la forma de registrar, validar y almacenar los registros de campo. La incorporación de la cámara fotográfica en las investigaciones sociales durante la década de los años setenta del siglo XX, llevó a repensar la evidencia empírica, pues la cámara ya no sólo era una herramienta que producía espejos de la realidad, sino también “espejos de la memoria” (Davidson & Lytle, 1986, p. 217, citado en English, 1988). Sin embargo, la incorporación de tecnología en las ciencias sociales ha suscitado desconfianza y, en algunos casos, completa reticencia. Así, por ejemplo, a las interpretaciones construidas a

partir de imágenes fotográficas, se le increpa su poder generalizador por el hecho de elevar la imagen a la categoría de dato.

En este apartado no entraré en la discusión sobre la ambivalencia y objetividad que produce la incorporación de tecnología para la producción de registros, o si tal o cual herramienta es más o menos objetiva. Para los fines de este texto Lazarillo, aquí sólo me concentraré en mostrar algunos materiales y herramientas que podrían ayudar a profundizar y enriquecer nuestras notas de campo.

La cámara fotográfica

Antes de pasar a las cuestiones prácticas, es menester que el escritor tenga en cuenta que el simple uso de una herramienta, como la cámara fotográfica, lleva consigo implicaciones éticas y filosóficas. No quiero con ello intimidar al lector; finalmente, al disparar el botón de la cámara, toda la maraña libresca desaparece. Sin embargo, considero apropiado decir algo acerca del debate existente sobre el uso de la cámara en las ciencias sociales como un instrumento que “capta” la realidad. Por fortuna, English



(1988) ha resumido esta discusión, exponiéndola en tres puntos de vista a considerar.

El primero, anclado en una idea de objetividad o realismo hipotético, propone que la realidad se encuentra “afuera” y la imagen podría distorsionarla. El segundo, enfatiza que, si la realidad se encuentra “afuera”, es difícil tener un entendimiento total de ella, así que sólo podemos percibirla. La diferencia de estas dos visiones de la realidad, radica en que los investigadores que comulgan con la primera visión estiman que, con el tiempo suficiente y grandes esfuerzos, cualquier fenómeno puede llegar a conocerse.

La tercera postura, es aquella que concibe la realidad como una construcción en la mente de las personas, por lo tanto, no puede ser conocida en estricto sentido. Así, las limitaciones en el uso de la cámara en el trabajo de investigación, está condicionado por el paradigma del que partamos para conocer y registrar la realidad.

La búsqueda de la objetividad ha sido el fantasma que ha recorrido la investigación cualitativa desde sus inicios. Se han llenado páginas y

derramado mucha tinta al respecto, a tal grado que pasó de una obsesión a convertirse en prejuicio científico. Por fortuna, esta discusión infructuosa entre objetividad y subjetividad en las ciencias sociales ya no domina el escenario académico, y se ha intentado explicar el contexto actual de las mismas a partir de estilos y géneros. Ahora, los científicos sociales “dan la forma a sus trabajos en término de sus necesidades, más que entérminos de ideas heredadas sobre la forma en que eso debe o no debe ser hecho” (Geertz, 2003, p. 65). Vivimos, parafraseando al mismo Geertz, entre aperturas sistemáticas del mundo donde las construcciones conceptuales adoptan estilos.

Pasando a un asunto más práctico sobre el uso de la cámara como una herramienta para profundizar en las notas de campo, podría sugerir a los escritores un ejercicio que suelo realizar con mis estudiantes. La práctica consiste en trasladarse a varios lugares cercanos entre sí, de preferencia un espacio abierto donde coexista hombre-naturaleza, y tomar veinticuatro fotografías⁴ a elementos culturales, arquitectónicos o naturales que permitan descifrar lógicas comunitarias, prácticas



culturales e interacciones hombre-naturaleza. La práctica lleva inherentes las interacciones cara a cara, observaciones, impresiones del lugar, entre otros registros que permitan contextualizar las imágenes.

Al término de la práctica se intercambian los archivos de imágenes y cada estudiante expone, por medio de un proyector, las imágenes captadas por su compañero, tratando de construir a partir de las imágenes expuestas una descripción detallada del lugar. Al final de la exposición, el estudiante que ha tomado las fotografías corroborará o rechazará las descripciones construidas a partir de las inferencias. Esto no sólo ayuda a “entrenar el ojo” de los escritores, también desarrolla habilidades interpretativas e inferenciales muy útiles en el proceso de análisis de los datos.

Es común que durante el registro fotográfico la cámara nos ayude a liberar nuestro artista interior, e intentemos “componer” imágenes dotándolas de un sentido estético. Aquí la línea entre registro con fines científicos y composición artística se adelgaza, pero eso no es motivo de preocupación alguna, hay materiales

que cumplen al mismo tiempo una función estética y científica; sin embargo, lo que sí es importante cuidar son algunos aspectos técnicos al momento de utilizar la fotografía como una aliada de nuestras notas de campo.

Uno de los detalles técnicos que considero relevante es evitar el uso de lentes u objetivos fotográficos (gran angular, ojo de pez, macro, catadióptrico), ya que si nuestro objetivo es producir evidencia empírica que se asemeje a un espejo con memoria, la imagen debería de captar lo más parecido a las percepciones de un ojo humano estándar, y el uso de los lentes “distorsiona”, en cierto sentido, la imagen. Para otros campos de la ciencia, principalmente las ciencias naturales, este consejo positivista podría obviarse, pues en ciertas áreas de la ciencia el uso de lentes es básico para el análisis de muestras biológicas y observaciones de fenómenos astronómicos.

Por otra parte, el tipo de formato de archivo resulta igual de importante. Por lo general, cuando hacemos nuestros registros fotográficos los hacemos en formato JPEG (*Joint Photographic Experts Group*), que



es un algoritmo que comprime las imágenes dándoles un mejor acabado por los filtros automáticos que posee; sin embargo, al comprimir la imagen se pierden muchos datos como profundidad de color, sombras y algunos detalles que no pueden ser recuperados. Por lo anterior, es recomendable configurar nuestra cámara con un formato RAW para obtener imágenes con datos “crudos”, pues los archivos RAW cumplen la función de un negativo digital; es decir, contiene la totalidad de los datos. Aunado a ello, este formato permite a un escritor, con buen sentido estético, manipular la imagen para hacerla artística. El inconveniente de este formato, es el espacio que demanda en las tarjetas de memoria y la “pobreza” (sólo aparente) de la imagen.

Grabadoras de audio

El uso de las grabadoras de audio durante el registro de notas de campo es aconsejable para aquellos escritores que aún no desarrollan la habilidad para el registro nemotécnico. Esta conseja quizá genere algo de desazón, sobre todo para aquellos que fuimos formados en tradiciones de pensamiento

clásicas, ya que podría suceder que el escritor, a sabiendas que existe un registro de audio sobre la interacción, se relaje, se muestre menos incisivo y atento, incluso aletargue el pensamiento relacional y reduzca su capacidad de abstracción. Sin duda, una actitud así no es aconsejable bajo ninguna circunstancia; en todo caso, la recomendación es que el escritor preste menos atención a los dispositivos electrónicos durante la entrevista y se concentre en la trama de la conversación; esto abre la posibilidad de lograr interacciones más fluidas y diálogos afables.

Hay situaciones o escenas donde el interlocutor se apropia de su personaje y el discurso que produce se sitúa más en lo que “debería ser”, situaciones ideales que enmascaran un hecho real. Por ejemplo, durante nuestro trabajo de campo con directores de escuelas telesecundarias, los interlocutores se apropiaban del personaje construido a partir de los manuales de “lo que debería ser” una buena dirección y gestión de la educación. Como nosotros conocíamos el contenido de estos manuales, nos fue fácil identificar dentro del discurso lo ideal de lo real. La triangulación de la evidencia



empírica (registros de padres de familia y maestros), nos ayudó a seleccionar elementos de actuación prescrita.

Gracias a los registros mentales y anotaciones sobre el lenguaje proxémico (Hall, 2001), así como la “conducta expresiva involuntaria” (Goffman, 2001), pudimos inferir, de manera indirecta, cómo ejercían el liderazgo los directores. Esta situación ejemplifica lo siguiente: el registro de audio en sí mismo no constituye una evidencia empírica válida para construir inferencias que nos ayuden a profundizar en ciertos fenómenos; guiar nuestras inferencias a partir de la literalidad es pecar de inocencia, porque en ciertas ocasiones, nuestros interlocutores adoptan una máscara que representa el concepto que nos hemos formado de nosotros mismos, el yo que quisiéramos ser (Goffman, 2001).

Existen hoy en día un sinnúmero de herramientas disponibles para el registro de audio, que van desde teléfonos celulares, pasando por grabadoras con prestaciones de conectividad para diversos micrófonos profesionales, hasta gadgets como el *SmartPen*, un dispositivo que combina notas de

campo, transcripción y grabación de audio. De manera personal, he utilizado las grabadoras de audio de gama profesional con condensadores *Phantom Power*, que pueden acoplarse a micrófonos de alta definición; estos últimos los ensablo en función del tipo de trabajo que vaya a realizar. Así, por ejemplo, para las entrevistas cara a cara con una sola persona, utilizo un micrófono con un patrón polar cardioide; pero si deseo montar un grupo focal, donde el objetivo sea captar todos los sonidos, utilizo un micrófono con un patrón polar omni que permite capturar sonidos en 360°.



Figura 7. Equipo para entrevistas. De izquierda a derecha: micrófono omni, cámara fotográfica digital, grabadora de audio con Phantom Power, grabadora de audio semi profesional, disco duro en estado sólido, cámara GoPro, micrófono Shotgun. Fotografía: elaboración propia.

Al igual que las cámaras fotográficas, las grabadoras de audio tienen que



ser configuradas para obtener un tipo de formato que vaya más acorde a nuestras necesidades. Por ejemplo, la mayoría de los dispositivos vienen preconfigurados para grabar archivos de audio en formato Mp3 (*Audio Layer III*), que es uno de los formatos más convencionales, ya que se pueden abrir en la mayoría de programas y reproductores de música; sin embargo, su alta tasa de compresión, que lo vuelve más liviano, trae consigo la pérdida de calidad del audio, cosa muy distinta cuando se configuran los dispositivos de grabación con el formato WAV (*Wave Form Audio File Format*), donde se capta el sonido en crudo, se reproduce con mayor fidelidad y puede manipularse muy bien con un programa de edición de audio. El único inconveniente de este tipo de formato de audio es el espacio que ocupa, desventaja que se ha reducido por la constante creación de tarjetas de memoria con mayor capacidad de almacenamiento.

La videocámara

Existen en el mercado numerosas opciones de videocámaras digitales, todas ellas muy útiles para los registros de campo, sobre todo

cuando se ha decidido realizar estudios microetnográficos (por ejemplo, un salón de clase), donde captar los gestos, las posturas o la forma de desplazarse dentro del aula nos resulta de gran valía. Otra de las ventajas de la videocámara, es que “nos permite construir sentido de lo ocurrido y concede al observador la habilidad para detener el tiempo.” (Fetterman, 2010, p. 80). Sin embargo, como cualquier otro dispositivo, también existen algunos inconvenientes que valdría la pena señalar.

Tal vez el mayor inconveniente sobre el uso de la videocámara, sea la visión de túnel que imprime en el observador. Por lo general, cuando se inicia una sesión de grabación, el observador dirige los enfoques hacia algún tipo de conducta que le parece importante, dejando fuera de foco otro tipo de interacciones que podrían ayudar a reconstruir diversos sentidos de la escena en general. Por otra parte, el uso de videocámaras podría agravar la sensación de “intruso” que provoca nuestra presencia, e intimidar a nuestros interlocutores; pero, también podría provocar un efecto inverso y lograr que los participantes se empoderen y eclosionen discursos



y “sentires” que habían permanecido adormitados.

Durante mi trabajo de campo con los chicleros en las selvas de Quintana Roo, ocurrió algo inesperado que podría ilustrar el párrafo anterior. En reiteradas ocasiones, quise entrevistar a una figura importante de la localidad, don “Chico Tadeo”, pues era uno de los pocos fundadores del ejido que aún seguían vivos y que, a decir de los lugareños, había sido unos de los mejores chicleros. La negativa a la entrevista se hizo presente en varias ocasiones, el interlocutor se excusaba, me cancelaba a última hora o enviaba a su esposa a darme alguna excusa doméstica. Dejé de insistir, y decidí buscar otros chicleros con quienes platicar.

Debido a que la amistad con don René (un viejo chiclero y compañero de don Chico Tadeo) había crecido, me atreví a preguntarle si podría usar la videocámara, petición a la que asintió. La entrevista transcurrió muy amena, a tal grado que don René dejó de mirar de reojo la cámara. Por la tarde, mientras me encontraba en mi choza organizando las notas de campo, tocó a mi puerta el nieto

de don “Chico Tadeo”, dejándome el siguiente recado: “dice mi abuelo que le gustaría platicar con usted, pero que lleve la cámara porque quiere salir en la tele como don René”.

Al día siguiente me hallé en casa de don “Chico Tadeo”, el anciano se había arreglado, me convidó unos bocadillos, y antes de que prosiguiera, decidí que era el momento de hablarle con franqueza sobre la videocámara, pues nuestra conversación no saldría en ningún canal de televisión. Él me respondió con una sonrisa, indicándome que sólo quería salir en la tele de su casa, tener un recuerdo para que algún día sus nietos y esposa lo siguieran viendo. Sacó su guitarra y dio comienzo la mejor entrevista que tuve durante mi temporada de trabajo de campo.

No quisiera terminar este texto sin abordar un tema que desde finales de los años setenta del siglo XX fue expuesto, pero sin recibir la suficiente atención por las diversas comunidades científicas: me refiero a la transcripción. El tema de la transcripción, es algo que un escritor debería tener presente al momento de repasar sus notas, pues constantemente se recurre



a los datos crudos (audio, vídeo, fotografías) para ampliar nuestros registros y, en ocasiones, estos datos crudos suelen utilizarse en el cuerpo de nuestro texto final (informe de campo, etnografía, artículo, libro, entre otros) para ilustrar o reforzar nuestros argumentos.

La transcripción

En años recientes, algunos autores han filtrado viejos problemas relacionados con el tratamiento de la evidencia empírica en los trabajos cualitativos. Uno de estos problemas ha sido la transcripción, reducido por algunos investigadores a un problema estrictamente técnico-cuando existe la conciencia de que es un problema-. Sin embargo, cuando no existe ni siquiera la conciencia del tema, la transcripción forma parte de las actividades de “talacha”, y para ello se delega este proceso a los técnicos, auxiliares de investigación, estudiantes que realizan prácticas profesionales, o prestadores de servicio social. Lo anterior tiene consecuencias importantes, siendo la más notable, la naturalización de lo que debería ser un proceso interpretativo (Davidson, 2009); es

decir, la transcripción se presenta como “transparente” porque palabra por palabra ha sido textualizada.

La transcripción ha sido tratada como un problema teórico por su misma naturaleza (véase Ochs, 1979), pero también tiene implicaciones metodológicas, interpretativas y representacionales, porque en ella está implícita la pregunta ¿estoy interpretando y representado realmente el lenguaje de los interlocutores? Esto se vuelve más complicado cuando se trabaja con grupos indígenas o con personas que tienen un idioma distinto al de nosotros; aun así, no deja de ser complejo si estamos trabajando con interlocutores que emplean la misma lengua que el investigador, porque la transcripción no deja de ser la transformación de un sonido o imagen a un texto (Duranti, 2007, citado en Davidson, 2009, p. 9).

El escritor estaría preguntándose ¿cómo transcribir los materiales de campo? Existen dos procedimientos utilizados que en este texto llamaré *transcripción literalizada* y *transcripción mediada*. La primera intenta trasladar, con la menor modificación posible, los



materiales crudos, principalmente registros de audio y video; aquí las expresiones y pausas en el discurso suelen también textualizarse con la finalidad de hacer más transparente la transcripción, pues se piensa que el habla puede ser presentada de una manera objetiva. La *transcripción literalizada* podría resultar útil cuando se ha elegido un posicionamiento teórico anclado en el análisis del discurso, las representaciones sociales o la hermenéutica.

Por otra parte, la *transcripción mediada* es un procedimiento donde el habla es intervenida para ser representada e interpretada. Aquí, la mediación consiste en dotar de signos lingüísticos, gramaticales y de puntuación al habla de los interlocutores; se trata de corregir los errores espontáneos del habla, pues los pensamientos o recuerdos no vienen a nuestra mente gramaticalmente bien estructurados. En las distintas temporadas de trabajo de campo, he observado al momento de realizar mis transcripciones, que varios de los interlocutores construyen sus oraciones de manera confusa, a veces por una limitada instrucción escolar,

otras veces de manera intencional para no comprometerse demasiado. En ambos casos es legítimo acudir a la interpretación, pues no sólo se logra mayor claridad en los enunciados textualizados, sino también consigue hacer más ligera e inteligible la lectura.

El uso de programas computacionales para llevar a cabo el trabajo de transcripción como *Transana*, *Clan*, *Dragon* y *OneNote*, por mencionar algunos, ha sido una herramienta muy socorrida por los investigadores, así como también el uso de transcriptores (novatos o especialistas). Cualquiera que sea el caso, la transcripción no sólo obliga al investigador o escritor a elegir una postura teórica, que implica de igual manera, la elección de principios éticos ligados a la omisión, alteración y confidencialidad del habla.

En un mundo cada vez más veloz, donde el imperativo de la productividad se aloja y estructura las prácticas cotidianas, donde los flujos materiales han sido sustituidos por flujos electrónicos, los escritores equipados con libretas de campo o *SmartPen*, tendrán que seguir aprehendiendo el mundo y



aprendiendo de sus experiencias a través de los sentidos, “seguir trayendo a la memoria escenas e interacciones observadas como un reportero, recordar diálogos y movimientos como un actor; ver colores, formas, texturas y relaciones espaciales como un pintor o fotógrafo; estados anímicos, ritmos y tonos de voz como un poeta” (Emerson, 2017, p.34) , todo ello sin perder de vista que el trabajo de campo, así como las notas constituyen el vínculo físico

entre el escritor y la experiencia transformada (Jackson, 1990).

Por último, el tratamiento de las notas de campo como pequeñas partículas de escritura que condensan evidencia científica, reflejan la dualidad del investigador cualitativo, pues es al mismo tiempo un contador de historias y un científico; un personaje que se desdobra en la *liminalidad*, es decir, entre el mundo del observador y del observado.

| **Notas al final**

1 El término se utilizó originalmente para referirse a los voluntarios del proyecto que atendían a los niños participantes en la Clase Mágica en California. La idea era generar una percepción distinta que ayudara a los niños a ver a los voluntarios como “Amigos”, compañeros de juego, una figura amigable desprovista de jerarquía que compartiera con el niño su visión del mundo. Para una descripción más detallada, véase (Vásquez, 2003).

2 La idea de “texto Lazarillo” es una metáfora que encuentra su origen en la novela El Lazarillo de Tormes; pieza literaria del siglo XVI. El personaje, un huérfano de nombre Lázaro de Tormes, sirve de guía a uno de sus amos, un ciego con el que pierde su ingenuidad y desarrolla el instinto de supervivencia.

3 Esta nueva versión de Atlas Ti, a diferencia de la precedente, tiene una mayor funcionalidad que permite optimizar la revisión de la literatura.

4 El criterio (algo artificioso) para el número de fotografías, descansa en la capacidad de los rollos usados en las cámaras mecánicas de 35 mm. A simple vista esto parecería anticuado, ya que existen cámaras digitales que pueden almacenar 64 GB de información; sin embargo, he notado que si no fijamos límites en el número de tomas fotográficas, los estudiantes no desarrollan la capacidad de diferenciar el registro trivial del importante. Durante las prácticas ha sido bastante común ver fotografías sobre formas de nubes, animalitos, atardeceres, etc., todas ellas imágenes con cierto valor estético, pero descontextualizadas.



| **Referencias**

- Clifford, J. (1992). Unpacking Fieldnotes. Notes on (Field) notes. En R. Sanjek (Ed.), *Fieldnotes. The making of Anthropology* (pp. 47-70). Ithaca, USA: Cornell University Press.
- Clifford, J. (1995). *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna* (Trad. C. Reynoso, 1a ed.). Barcelona, España: Gedisa.
- Creese, A., Bhatt, A., Bhojani, N. y Martin, P. (2008). Fieldnotes in team ethnography: researching complementary schools, *Qualitative Research*, 8(2), 197-215.
- Davidson, C. (2009). Transcription: Imperatives for Qualitative Research, *International Journal of Qualitative Methods*, 8(2), 36-52.
- Emerson, R. M., Fretz, R. I., y Shaw, L. L. (2011). *Writing Ethnographic Fieldnotes* (2a ed.), Chicago, USA: The University of Chicago Press.
- English, F. W. (1988). The Utility of the Camera in Qualitative Inquiry, *Educational Researcher*, 17(4), 8-15.
- Fetterman, D. M. (2010). *Ethnography: Step-by-Step* (3a ed.). Washington, USA: Sage Publications.
- Geertz, C. (1989). *El antropólogo como autor* (Trad. A. Cardín). Barcelona, España: Paidós
- Geertz, C. (2003). Géneros confusos. La refiguración del pensamiento social (Trad. C. Reynoso). En C. Reynoso (Ed.), *El surgimiento de la antropología posmoderna* (pp. 63-77) (5a ed.). Barcelona, España: Gedisa.
- Goffman, E. (2001). *La representación de la persona en la vida cotidiana* (Trad. H. B. T. Perren y F. Setaro). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.
- Hall, E. T. (2001). *La dimensión oculta* (Trad. F. Blanco, Trad. 20a ed.). México, D.F., México: Siglo XXI Editores.



- Husserl, E. (2012). *Las conferencias de Londres: Método y filosofía fenomenológicos* (Trad. R. L. S. Soberano). Salamanca, España: Ediciones Sígueme.
- Jackson, J. E. (1990). DEJA ENTENDU: The Liminal Qualities of Anthropological Fieldnotes, *Journal of Contemporary Ethnography*, 19(1), 8-43.
- Ochs, E. (1979). Transcription as Theory. En E. Ochs & B. B. Schieffelin (Eds.), *Developmental pragmatics* (pp. 43-71). New York, USA: Academic Press.
- Rosaldo, R. (2000). *Cultura y verdad: la reconstrucción del análisis social* (Trad. J. Gómez). Quito, Ecuador: Ediciones Abya-Yala.
- Schatzman, L., & Strauss, A. (1973). *Field Research Strategies for a Natural Society*. USA: Pearson.
- Vazques, O. (2003). *La Clase Mágica: Imaging Optimal Possibilities in a Bilingual Community of Learners*. New Jersey, EUA: Lawrence Erlbaum Associates.
- Vivanco, L. A. (2017). *Field Notes. A Guided Journal for Doing Anthropology*. USA: Oxford University Press.
- White, H. (2003). *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos* (Trad. V. Tozzi & N. Lavagnino). Barcelona, España: Paidós.